

Habiéndolo pensado el Santo, dijo á su Eminencia, que le suplicaba mandase componer el asiento del carretón en que subia con los reos que iban al suplicio; porque el peligro de caerse á cada instante les impedía á uno y á otro tratar únicamente de sus obligaciones. Se asombró el cardenal al oír esta súplica, y saliendo de su gabinete: «¿saben ustedes, señores (dijo á todos los que estaban esperándole para hablarle), de lo que puede servir al P. Bernardo el poder del cardenal de Richelieu? De hacer que se componga el carretoncillo en que van los reos al suplicio. Pero ¿no es mayor fortuna no tener necesidad de nuestros beneficios, que hallarnos nosotros en estado de hacérselos?»

No queriendo el cardenal ceder al desinterés del Pobre Sacerdote, le llamó tercera vez, y despues de una conversacion de mas de dos horas, que debia mirarse por sí sola como un favor insigne, le presentó á la reina, la cual le reverenciaba como á un Santo, y quiso tener el gusto de anticiparle la noticia de que el rey le habia nombrado para una abadía. Desvaneci6 la reina todas las dificultades que él hubiera podido oponer, apoy6 toda la corte las razones de Su Magestad, y como al siervo de Dios se le cogió de improviso, no encontró ningun medio para defenderse. Pero luego que se restituyó á Paris, y consider6 el asunto á los pies del Salvador crucificado, escribió lleno de sobresalto al cardenal ministro, hizo renuncia, y la fund6 en unos motivos tan poderosos que el mismo ministro contribuyó á que se le admitiese.

Mas estaba Bernardo muy distante de conciliarse con la adulacion la benevolencia de los hombres constituidos en dignidad. Como era naturalmente ingénuo, y muy dócil á las inspiraciones de lo alto, no le era posible callar cuando el espíritu de Dios le descubria ciertas verdades. Se esplicaba libremente acerca de la residencia episcopal y de todas las obligaciones del episcopado, aun en presencia de los prelados mas asiduos en la corte. Hallán-

dose un dia en medio de los cardenales Richelieu y la Valette, que se solazaban algun tanto á costa del Pobre Sacerdote: «muy bien lo pasan ustedes en esta vida, señores míos (les dijo); pero podria suceder que al salir de este mundo envidiasen el estado del pobre sacerdote.» De la misma sencillez usaba con las personas de la mas alta gerarquía. Hablando con las señoras mas distinguidas, las llamaba hermanas, del mismo modo que á las mugeres del pueblo, sin esceptuar á la misma reina, la cual, lejos de darse por ofendida de esta franqueza, se complacia en hablar familiarmente con él.

Aplaudía ella todos sus proyectos piadosos, y muchas veces le facilitaba los medios de ejecutarlos, siendo una de las primeras que le ayudaron á la fundacion del colegio de los treinta y tres estudiantes pobres, en memoria de los treinta y tres años que el Hijo de Dios, hecho pobre por nosotros, pasó entre los hombres, segun la cronología vulgar. Despues de tantos necesitados como habia socorrido el P. Bernardo, solo le faltaba atender á la indigencia de los estudiantes pobres que, teniendo vocacion al estado eclesiástico, no pueden realizarla sin la caridad liberal de los fieles. Aunque para este establecimiento no tenia otros fondos que su fé en la Providencia, no dejó de reunir el número de estudiantes pobres que se habia propuesto. La reina les suministr6 desde luego el pan de cada dia. Socorriéndoles despues otras personas respetables, no solo impidieron que decayese aquella fundacion aun despues de la muerte del fundador, sino que la dieron el mas alto grado de perfeccion. Es una maravilla justamente atribuida al poder de este santo sacerdote en el cielo, que en unos tiempos tan calamitosos como el fin del reinado de Luis XIII y los principios de el de Luis XIV, cuando se arruinaban, ó á lo menos se relajaban las fundaciones mas antiguas y ricas, siempre se sostuviese y distinguiese esta por la aficion al estudio y por el espíritu de piedad que la hicieron célebre hasta que se estinguió.

Se acercaba el tiempo de la muerte del P. Bernardo. Teníalo él por cierto, aunque gozaba de la salud mas robusta. Algunos dias antes del castigo del último reo que acompañó al suplicio, se despidió de los presos. Como estaba robusto y además no habia cumplido todavia cincuenta y tres años, no le dieron crédito y se lo digeron sin rebozo. «Sin embargo, es cierto (respondió). ya no volveréis á verme, ya me despido de vosotros para siempre.» De allí á pocos dias le llamaron para un reo, cuya obstinacion se habia burlado de los esfuerzos de todos los doctores y confesores. Sube Bernardo en el carretón con el impío, y le persuade de tal modo, que no solo consigue que acepte con resignacion el suplicio de la rueda en que iba á espirar, sino que desee y pida mas crueles tormentos para expiar mejor sus delitos.

Consiguió el siervo de Dios este triunfo con un trabajo extraordinario. No obstante, en vez de ir á descansar, como lo necesitaba, acudió á toda prisa á las cárceles á dar noticia de una muerte que era tan á propósito para edificar á los presos. Pasando despues cerca del hospital general, quiso tambien dar algun consuelo á los enfermos, y acabó de estenuarse hablando con su acostumbrada energía. Al salir de allí sintió un fuerte dolor de costado, que le obligó á acostarse luego que llegó á su casa. Esperimentó por la noche unos dolores tan agudos que no dudó habia aceptado Dios el sacrificio, por cuya generosidad consigui6 la conversion del reo á quien acababa de ayudar á bien morir, pues para esto se habia ofrecido, no solo á sufrir la muerte, sino tambien todos los tormentos que se padecen en la rueda. Toda la habilidad de los médicos que le enviaron sus amigos, y todos los remedios imaginables solo sirvieron para aumentar su mal, que era una fluxion al pecho y una pleuresia formal. Oró, y recibió los sacramentos con el fervor de un querubin, y esto templó ó suspendió sus dolores; pero siempre su paciencia y resignacion fueron iguales á lo mucho que

padecia. Cuando mas violentos eran aquellos, «justo es, Dios mio (esclamaba), que satisfaga yo á vuestra justicia. Vengáos en este mundo, y tened misericordia de mí en el otro.» Como sus piadosos amigos trataban de escitar en él los sentimientos del amor divino, para calmar de este modo algun tanto sus dolores: «yo quisiera (dijo) morir á impulsos de la violencia de mi amor á Dios; pero los pecadores como yo no son dignos de esto: moriré, pues, á fuerza de padecer, y no obstante tendré el consuelo de que cumplo la voluntad de Dios.» Cuando le felicitaban por sus buenas disposiciones, «Dios es (decia) el que inspira dentro de mi corazón todos estos buenos sentimientos. Yo creo que esta es recompensa suficiente de lo poco que he hecho por él.»

Despues de tantas agitaciones, fué su muerte sumamente tranquila. Mucho habia temido aquella última hora; pero cuando la vió de cerca, «he tenido mucho miedo (dijo) á la rabia de los demonios; pero ahora me ha quitado Dios estos temores.» «Estoy viendo la santa ciudad de Sion, exclamó luego levantando la voz; sí, hijos míos, ya empiezo á gozar de las delicias del paraíso.» Despues de haber recibido la Estremauncion, estuvo algun tiempo en un profundo silencio, y luego exclamó de repente: «¿si supiesen los mundanos cuán dulce cosa es serviros, oh Dios mio, no se detendrian en los vanos objetos que los engañan! ¡Dios mio, cuán fiel sois en vuestras promesas, y cuán magnífico en vuestras misericordias! Gracias eternas os sean dadas por haber admitido á vuestro servicio un miserable como yo.» Despues de estas palabras se le debilitó tanto la voz que no se oia nada de lo que hablaba; pero se vió que su corazón no cesaba de hablar con Dios hasta el momento en que espiró, que serian las dos de la mañana del sábado 23 de marzo de 1641.

Habia mandado en su testamento que se le enterrase entre los pobres en el cementerio del hospital de la Caridad. En el mismo testa-

mento dejó á los pobres unos legados tan numerosos y tan considerables, atendida su pobreza, que le preguntó el escribano ¿de dónde se habia de sacar aquel dinero? «Siga Vd. escribiendo (replicó), que habrá con qué pagar y aun sobraré. Añada Vd. que se aumentarán los legados á proporcion de este esceso.» En efecto, la veneracion con que se le miraba fué causa de que se comprasen tan caros su pobres muebles, que pagadas superabundantemente todas las mandas, sobró todavia una cantidad tan considerable que hubo para socorrer á muchos pobres vergonzantes. Fué enterrado, segun sus órdenes, en el cementerio de los pobres; pero asistieron á sus exequias, no solo los pobres, sino una multitud considerable de otras personas y ciudadanos distinguidos, los magistrados, los prelados, los señores y los príncipes, la córte y la ciudad. Le contemplaban con una admiracion religiosa, delineaban su imágen, le arrancaban algunos cabellos, le cortaban pedazos de los hábitos, y cuando otra cosa no podian, se contentaban con aplicar á su cuerpo los libros de devocion y los rosarios. Muy pronto estas varias reliquias obraron una infinidad de maravillas, entre las cuales hay muchas de las que solo pueden dudar los que están resueltos á no creer ninguna. Y á la verdad, nada tiene de increíble el que complaciéndose Dios en glorificar á los que se humillan, autorizase la santidad mas humilde con el sello glorioso de los milagros.

Despues de todas las obras admirables de la caridad del P. Bernardo, podemos admirar todavia la institucion religiosa de Nuestra Señora del Refugio, llamada asi porque su objeto era servir de asilo á la fragilidad del sexo, bajo la especial proteccion de Maria, refugio de pecadores (1). Fué establecida como para derramar á un mismo tiempo todas las misericordias del Señor sobre su pueblo, cuando el Pobre-sacerdote, que se hallaba en el punto

(1) Mem. MS. del Refug. de Nancy.

mas brillante de su carrera, cumplia con los demas ministerios de la caridad; y poco despues se consolidó con la aprobacion que la dió el Papa Urbano VIII en 20 de marzo de 1634. En medio de la inmensa variedad de órdenes y congregaciones establecidas para proporcionar los medios de salvacion á las personas de todos estados y disposiciones, se habia olvidado hasta entonces, como perdidas sin ningun recurso, á las mujeres que habian hecho traicion al honor propio y mas irreparable de su sexo; pero el buen Pastor, acomodando por fin sus diligencias y pesquisas á la depravacion de los tiempos, quiso manifestar toda la fuerza de su gracia, y hacer que esta superabundase donde abundaba la iniquidad, y suscitó una nueva Judit, no solo para defender, sino tambien para reparar la gloria manchada de las hijas de Israel. Isabel de Rauffaing, viuda de un gobernador de Arches, llamado Du-bois, y retirada con sus tres hijas en Lorena, de donde era natural, edificaba á todos con su conducta. No habia ni una sola persona en toda la provincia que se atreviese á proferir una palabra en desdoro de aquella virtuosa familia, y que al contrario no admirase su modestia y piedad, su afabilidad, su santa concordia, y sobre todo la caridad generosa, cuyos frutos percibian diariamente los hospitales, las cárceles y todo género de infelices.

Atendiendo esta viuda caritativa á todas las clases de miseria, se sintió un dia movida de la mas tierna compasion hácia las personas de su sexo que habian tenido la desgracia de perder la joya que mas les adorna. No se detuvo un momento. Ni las dificultades de una empresa, mirada hasta entonces casi como imposible, ni el temor de inficionar su propia casa con el impuro álito que exhalaban aquellas infelices, ni el peligro de que la ridiculizase el público, nada fué capaz de amortiguar la vivacidad de su fé. Cerciorada Isabel de que la Sangre de Jesucristo puede purificar la escoria y desecho de lo que redimió, y de que la

caridad, semejante á los puros ardores del sol, no toca al cieno sino para disipar su infeccion, recogió desde luego en su casa veinte de aquellas criaturas, á las cuales daba el alimento y todo lo necesario, las trataba como madre, las instruia como apóstol, y las acostumbraba insensiblemente á una forma de vida semejante á la de las comunidades regulares.

Esta empresa asombrosa llamó la atencion y escitó la veneracion de todos, inspirando un vivo interés á muchas personas de la mas alta gerarquía. Juan de Porcelet, obispo de Toul, Enrique de Lorena, obispo de Verdun, el cardenal de Berule, y á ejemplo de estos un gran número de eclesiásticos y de legos distinguidos, contribuyeron eficazmente á consumir y consolidar este establecimiento. En el año 1627 el duque de Lorena Carlos IV espidió una cédula á favor del Refugio de Nancy. Dos años despues el cardenal Nicolás Francisco de Lorena, entonces obispo de Toul, de quien dependia Nancy, erigió aquella casa en convento, la dió la regla de San Agustin, é hizo formar unas constituciones, que, aprobadas desde luego por Urbano VIII, fueron confirmadas mas adelante por Alejandro VII. Madama Rauffaing y sus tres hijas consagraron allí á Dios sus propias personas, de manera que despues de haber echado los cimientos de la congregacion, fueron tambien sus principales columnas. La santa viuda fué elegida por primera superiora, no tanto por haber fundado aquel establecimiento, como por su virtud sublime y por su don de gobierno. Desempeñó tan perfectamente lo que se prometian todos de su prudencia, que en poco tiempo la buscaron las ciudades de Dijon, Aviñón, Arlés, Puy, Tolosa y Rouen, para que estableciese allí casas de su instituto. Restituida por-fin á su amada casa de Nancy, y consumida con las austeridades aun mas que con los trabajos, murió en olor de santidad. Su sepulcro, venerado como los de los Santos, y la memoria perenne de sus eminentes virtudes

conservaban entre sus hijas todo el fervor de su primitiva institucion.

El fin de esta congregacion era trabajar, no solo en la conversion, sino tambien en la perfeccion de aquellas mugeres que, impelidas de la pasion, ó cediendo á las ocasiones, habian caido en los escollos del deleite mas vergonzoso. Todas eran admitidas en ella, ya sea que se presentasen voluntariamente ó ya por disposicion de la justicia, escepto las que hubieran sido infamadas por sentencia pública. Estaban en un departamento separado de las religiosas, pero en el cual estaba todo dispuesto del mismo modo que en el claustro: oracion, misa, trabajo, horas de acostarse y levantarse, comida y recreaciones convenientes. Instrucciones, predicaciones, exhortaciones patéticas, recogimiento y retiro; en una palabra, todos los auxilios espirituales se las administraban en abundancia, pero con una discrecion prudente, y no con una continuacion que pudiera inspirarles fastidio. Y ¡qué abundancia de bendiciones derramaba el cielo sobre este gobierno enteramente maternal! En medio de aquel conjunto de personas, de genios, disposiciones, é inclinaciones diversas, y todas mas ó menos deprabadas, causaba admiracion ver el órden y exactitud, la paz, la circunspeccion, el silencio que se observaba y aun mas las mudanzas prodigiosas que obraba la gracia. La mayor parte de las que salian de allí, sentian dejar el dichoso abrigo á donde las habia llevado la Providencia despues del naufragio. Consternadas muchas al considerar el precipicio en que habian caido, pedian que se las admitiese en el número de las religiosas, y eran recibidas cuando para ello no habia mas obstáculos que sus primeras faltas. Era este un estatuto de la congregacion, cuya sabiduría y acierto se acreditó con la esperiencia diaria, pues estas arrependidas suelen competir con la inocencia en fervor, en humildad y en todo género de virtudes. Sin embargo, no se las confiaba el gobierno ni los varios

oficios de la casa: los cuales se reservaban por la bula de Alejandro VII, para las que siempre habian sido irreprehensibles en sus costumbres y conducta.

Por el tiempo en que este instituto fué aprobado por Urbano VIII, dió el Santo Oficio, en nombre de este Papa, una sentencia, sobre la cual han esparcido las mas densas tinieblas varios historiadores ó declamadores. Desde que con motivo del gran Galileo se declama contra la barbarie é ignorancia de la Inquisicion, casi se ha confundido de todo punto la memoria de lo que verdaderamente pasó en el discurso de esta causa. No será, pues, inútil esponerlo. Copérnico fué el primero que sostuvo, pero de un modo puramente fisico, que la tierra gira al rededor del sol, y jamás pensó ningun tribunal en reprobar su sistema. No se contentó Galileo con adeptarle y publicarle por todas partes, sino que trató de fundarle en la base de los libros sagrados, convirtió un punto de especulacion natural en controversia dogmática, y trató de hacer que la Inquisicion se declarase á su favor. Habiendo pasado á Roma en el Pontificado de Paulo V y conciliándose con sus descubrimientos los aplausos, aclamaciones y homenajes de las personas mas distinguidas de aquella capital, se embriagó con su gloria; y pidió (dice Guicciardini, que á la sazón era embajador de Toscana en la corte de Roma) que el Papa y el Santo Oficio declarasen el sistema de Copérnico fundado en la Biblia (1). Escribió memorial sobre memorial; tuvo sitiadas las antecámaras de los grandes y los palacios de los cardenales; persiguió y cansó á todos, excepto el cardenal Orsini, que con no mucha prudencia hizo extraordinarias instancias al Padre Santo para que se prestase á los deseos del filósofo. «Molestado el Papa (añade Guicciardini) dejó la conversacion, y luego decretó con el cardenal Belarmino, que la controversia de Galileo se juzgaria en una

(1) Despacho de 6 de marzo, 1616.

congregacion. Galileo (continúa el historiador toscano) se portó en todo esto con un arrebatamiento excesivo, y no tuvo valor ni prudencia para vencerle.»

Dióse la sentencia y el mismo Galileo nos manifiesta su resultado en las cartas que escribió al secretario del gran duque de Toscana. «Por mas que los dominicos (dice) hayan predicado que el sistema de Copérnico era herético y contrario á la fé, el juicio de la Iglesia no ha correspondido á sus esperanzas. La congregacion ha decidido sencillamente que la opinion del movimiento de la tierra no se conformaba con la Biblia, y se han prohibido las obras que sostienen esta conformidad. Yo no tengo un interés personal en este decreto.» En efecto, estuvo Galileo tan lejos de ser perseguido en aquella ocasion (1614), que antes de marcharse de Roma tuvo una audiencia amistosa del Padre Santo. Sin embargo, le comunicó Belarmino, en nombre del Papa, una orden que se insertó en los registros del Santo Oficio, y cuyos términos merecen una atención particular, pues se le mandó que no volviese á hablar de semejantes concordias escolásticas entre los libros sagrados y Copérnico.

No lo observó. La mania de aquel tiempo, ó del país en que habitaba, era hacer una mezclanza estravagante de las pruebas filosóficas y teológicas en las materias que menos lo permitian. Algunos años despues publicó sus máximas del sistema del mundo, las cuales tuvieron un aplauso prodigioso, y en poco tiempo se tradujeron en todas las lenguas. Imprimió tambien un discurso dirigido á Cristina de Lorena, en el que los argumentos teológicos venian en apoyo de las esperiencias. No estaba menos enamorado de este sistema, aunque se le habia prohibido espresamente, que de la misma hipótesis de Copérnico. En una palabra, Roma se vió inundada de escritos, en que el astrónomo toscano pretendia erigir su sistema en dogma.

Fué delatado y citado á Roma, donde,

despues de muchos empeños y excusas inútiles, se creyó obligado á presentarse. Pero ¿cómo se le trató allí? Urbano VIII, que ocupaba entonces la Silla apostólica, y le habia enviado confidencialmente las acusaciones de sus rivales, mientras estos procuraban irritarle contra él; Urbano, en lugar del Santo Oficio, siempre temible á un refractario, encargó el nuevo exámen á una congregacion particular. Luego que llegó á Roma Galileo, fué tratado, en consideracion á su talento, con unas atenciones que no se habian tenido aun con personas de la mas elevada alcurnia. No se le dió habitacion en la Minerva, que es el domicilio del Santo Oficio; sino en el palacio del embajador de Toscana, esto es, entre sus mas ardientes protectores. Por eso dijo el Papa á aquel ministro, que habia privilegiado muy bien al docto florentino, pues en otra ocasion semejante el hijo del duque de Mantua habia sido encerrado en el castillo de Sant-Angelo. Pasado un mes se presentó Galileo en el Santo Oficio por consejo de sus amigos; y á consecuencia de unos miramientos desusados con esta clase de reos, fué alojado en el cuarto de uno de los principales empleados de la inquisicion. Le dejaron su criado de confianza, le permitieron que se pasease, que enviase fuera á su criado, que recibiese á los dependientes del ministro de Toscana, y que estos mantuviesen con él sus relaciones acostumbradas. Al cabo de ocho días le enviaron al palacio toscano, aunque no estaba concluido el exámen: el cardenal Nepote y el presidente de la congregacion tomaron bajo su responsabilidad esta soltura, sin consultar á los demas jueces (1633).

Es constante que tuvo la libertad necesaria para defenderse; y se defendió en efecto, según su método ó su mania acostumbrada, no demostrando á sus jueces la realidad del movimiento de la tierra, sino arguyendo contra ellos con los libros de Job y Josué, y se embrolló en una algarabía de argumentos teológicos que sería casi increíble, si no lo acreditase

su apología manuscrita. Sin embargo, al condenarle por causa de reincidencia, y al exigir de él una retractacion, solo se usó de alguna apariencia de rigor por la formalidad, ó para que sirviese de escarmiento. Su prision se redujo á estar doce días en el palacio de Toscana, quedando despues en libertad para restituirse á su patria. Es necesario ver cómo se esplica él mismo, para formar una idea exacta de la imaginada persecucion que tanto ha dado que hablar. En la carta justificativa y manuscrita que dirigió al P. Receneri, discípulo suyo, se esplica así: «El Papa me trató como á un hombre digno de su aprecio. Tuve por prision el delicioso palacio de la Trinidad del Monte. Cuando llegué al Santo Oficio, el Padre comisario me presentó cortesmente al asesor Vittrici. Dos PP. dominicos me intimaron con buen modo que alegase las razones que tuviese que esponer á mi favor, las cuales causaron compasion á mis jueces: que es el recurso de los hombres preocupados. Se me obligó á retractar mi opinion. Para castigarme se prohibieron mis diálogos, y se me despachó despues de haber estado en Roma cinco meses. Como entonces habia peste en Florencia, se me señaló por habitacion el palacio de mi mejor amigo, el arzobispo de Sena, donde gocé de la mas dulce tranquilidad. Ahora me hallo en mi casa de campo de Arcetra, donde respiro un aire puro en el seno de mi amada patria.» Esta es la verdad de la historia, tan estrañamente desfigurada, con respecto á Galileo y á sus jueces, cuyo descubrimiento debemos á la sana crítica y á la equidad de un ciudadano de Ginebra, testigo nada sospechoso en semejante materia (1).

No fué menos ruidosa la causa de Grandier que la aventura del célebre Galileo (2). Aquel mal sacerdote, cura párroco de Loudun,

(1) Mallet Du-Pan, *Mercur. de Franc. de 17 de Jul. de 1784.*

(2) *Mem. Cronol. y Dogmat. año 1634.*

en la provincia de Poitou, causó un desorden increíble en una comunidad que hasta entonces habia vivido con mucha quietud y edificacion. Las ursulinas de aquella ciudad, tan famosas por las obsesiones que padecieron del diablo, se quejaron de que eran atormentadas por todo género de espectros y fantasmas. Decian que se las aparecía Grandier en lo interior de su casa bajo unas figuras horribles, que no las dejaban descansar de dia ni de noche, y las causaban violentas convulsiones. Tal fué la declaracion de las piadosas ursulinas de Loudun. Pero lo cierto es que aquel pastor, indigno de su carácter, vivía con una muger á quien habia seducido, y que compuso un tratado contra el celibato de los sacerdotes. Se halló esta obra escrita de su puño entre los demas papeles que tenia, de suerte que se vió obligado á confesar que era autor de ella. Por esta razon le condenó el obispo de Poitiers, ordinario local, á ayunar á pan y agua todos los viernes por espacio de tres años, se le prohibió por cinco años el ejercicio de las funciones sagradas dentro de la diócesis, y para siempre en la ciudad de Loudun. Habiendo sido despues acusado de sortilegios, hicieron poco efecto todas sus defensas, aunque llenas de fuego y de ingenio, cualidades que abundaban en él mas que la Religion, porque no habia cosa alguna de que no se creyese capaz á un sacerdote de costumbres corrompidas.

Sin embargo, apeló al arzobispo de Burdeos de todo lo que se habia hecho en el tribunal eclesiástico de Poitiers; y ya estaba casi olvidada esta causa, cuando le acusaron de que era autor de un libelo injuriosísimo que se publicó contra el cardenal de Richelieu, con el título de *La zapatera de Loudun*. Este ministro dió comision á un consejero de Estado, con facultades muy amplias, para examinar y juzgar, no el asunto del libelo, sino el de las endiabladuras y demas cosas que tenian conexión con ellas. Entonces fué preso Grandier, y se le oyó muy despacio, como tambien á los testi-

gos, sin exceptuar á Astarte, á Behemot, á Asmodeo, á Leviatan, á Zabulon, y á otros demonios de orden inferior, que, segun se decia, habitaban por legiones en el convento de Loudun, y que al parecer se arrepintieron mas de una vez de haber ido á hacer el papel penoso de religiosas. Sufrió Grandier una cuestion de tormento tan violenta, que se le rompieron las piernas, de modo que le salia la medula de los huesos. En fin, se le condenó á ser quemado vivo, lo que se ejecutó sin ninguna modificacion (1634).

Se han publicado acerca de esto muchas relaciones opuestas entre sí. Entre los autores que representan el hecho como una trama de iniquidad, parece que el que le atribuye el favorito del cardenal de Richelieu en la obra intitulada *El verdadero P. José*, y el calvinista Aubin, refugiado en Holanda, en su *Historia de los diablos de Loudun*, han fijado el juicio de los escritores posteriores. En cuanto á este, ¿será mucha prudencia referirse á un desertor en las cosas pertenecientes al gobierno de un reino, donde no habia podido profesar en paz la heregia? Esto es lo que no han considerado la turba multa de historiadores que no han hecho mas que copiarse unos á otros. En cuanto al autor del *verdadero P. José*, se muestra ó poco instruido, ó mal intencionado, ó muy falto de memoria, cuando complicando á Gaston de Francia en aquel supuesto enredo, supone que este príncipe contribuyó á la condenacion de Grandier por medio de una certificacion dada en el mismo Loudun, á donde, segun dicho autor, no llegó el príncipe hasta el mes de marzo del año 1635, y Grandier habia sido quemado á 18 de agosto del año anterior.

Con motivo de las obsesiones de Loudun creemos deber decir que en esto no hay que seguir á los críticos extremos, cuyos argumentos ó ironías conspiran á establecer la imposibilidad de toda posesion diabólica. En vista de los ejemplos que de ellas encontramos en

el Evangelio y en los monumentos seguros de los primeros siglos, es claro que puede haberlas todavia; y así lo juzga la Iglesia, pues ha establecido exorcismos para esto. Enhorabuena que no se dé crédito á la mágia atribuida á Grandier; pero si no era reo de este delito, merecía por otros muchos el castigo que sufrió. Por lo demás, dice el P. Avrigny (1), «pasaron en este negocio muchas cosas que cuesta bastante trabajo explicar. Por ejemplo, los diablos, al salir del cuerpo de la priora, escribieron diferentes veces en su mano los nombres de Jesus, de Maria, de José, de Francisco de Sales, en caracteres tan bien grabados que los vieron una multitud de personas de la corte, de Paris y de las provincias, y aun estos nombres cambiaron de sitio para dejar el de Jesus en el lugar mas eminente. Este hecho está tan averiguado que nadie le ha negado, lo único que se procura hacer es mostrar que en esto puede haber habido artificio. Si lo hubo, preciso será decir que estuvo muy oculto, pues nadie lo echó de ver, y tambien que duró largo tiempo, puesto que Sor Juana de los Angeles llevó luego toda su vida esos caracteres. Preciso será tambien decir que esta muger y las demas á quienes se exorcizó, no tuvieron conciencia ni religion hasta el último suspiro, porque no se sabe que ninguna de ellas diese jamás reparacion alguna al desventurado Grandier, que por deposicion de ellas fué quemado vivo.»

En Inglaterra se iba formando sordamente una tempestad que no amenazaba menos á la monarquía que á la sombra de gerarquía, á la cual se obstinaba en favorecer con esclusion de cualquiera otra. Entre las simplezas del rey Jacobo I, habia sido la mas deplorable el amor esclusivo con que se habia prendado de una de las sectas que tenian dividido su reino en tantas religiones, por decirlo así, cuantos eran

los vasallos que le habitaban. No obstante, habia dos de ellas que, aunque subdivididas hasta lo infinito, formaban dos cuerpos aparentes, á saber, los episcopales y los presbiterianos ó puritanos, animados recíprocamente de una antipatía que los hacia incapaces de reunirse aun en la apariencia. Jacobo habia procurado derribar á los puritanos; y no habiendo podido conseguirlo, legó su aversion contra ellos á Carlos I su hijo y sucesor. El nuevo rey, que habia tenido un hermano mayor, y á quien, con la mira de hacerle arzobispo de Cantorberi, le habian dedicado á las ciencias eclesiásticas, conservaba afición á las discusiones de controversia; cosa inoportuna en el trono, y peligrosa las mas veces. Escitado además por el arzobispo de Cantorberi, Guillermo Lawd, recomendable por su talento, instruccion y buenas costumbres, resolvió hacer que se formase una liturgia nueva, y encargó este trabajo al arzobispo. Este prelado, que á pesar de la heregia que profesaba, no habia perdido el gusto á la antigüedad, quiso acercarse á ella en cuanto fuese posible. Hizo para esto unas mudanzas tan considerables en los ritos observados en Inglaterra desde el tiempo de la reina Isabel, que le acusaron los puritanos de que queria restablecer la Religion católica. Hizo el rey que así esta liturgia, como la Real cédula que la autorizaba, se registrase desde luego en el Consejo de Escocia, porque esperaba hallar mas docilidad en aque la herencia y patrimonio de sus padres. Verificado el registro, se difirió hasta el año siguiente la lectura ó publicacion formal de los nuevos ritos, á fin de disponer los ánimos en este intervalo á recibirlos bien. Pero sucedió todo lo contrario de lo que se habia esperado; porque cuando llegó el caso de leer dichos ritos, segun costumbre, en la catedral de Edimburgo, todo el pueblo, como si se hubiera puesto de acuerdo, empezó á hacer un ruido espantoso. Habiendo principiado despues el dean á celebrar la misa segun estos ritos, grita-

(1) *Mem. chron. etc. au. 1634.*